Universidades Populares, un proyecto hermoso pero partidista

En un principio fue Juan Manuel Puente. Venía de Alemania a instancias de Ignacio Sotelo con el encargo bajo el brazo de crear las Universidades Populares en España. Era un proyecto precioso en el que la animación sociocultural, la educación de adultos y el ejercicio creativo del ocio se fundían en la consecución de personas con sentido crítico. Algunos nos sumamos sin reservas a la idea porque desde siempre habíamos estado ligados por nuestra conciencia política a movimientos juveniles, clubes culturales, asociaciones de todo tipo.

Muy pocos nos profesionalizamos en lo que luego pasaría a ser la dirección de la Federación de Upes. El encargo concreto que personalmente recibí fue el de crear la U.P. en Collado Villalba, localidad donde residía, aparte de participar en lo que entonces sólo era una coordinación de los proyectos inmediatos con la pionera, la de San Sebastián de los Reyes. Me empapé de la teoría que nos pasaba Puente y realizé el proceso de gestación de la U.P. de una manera que fue calificada de ideal, en relación distante con el Ayuntamiento, que a regañadientes habría de ser la empresa financiera.

El equipo que se formó con el tiempo me eligió, lógicamente, su director. Pero había que poner al frente una persona fiel al PSOE, y hubo que hacer una selección en la que, a pesar de su deseo, salí ratificado en el cargo pero situándome a esa persona de su partido -que no había tenido nada que ver con el equipo ni con el proceso de institución ni siquiera con el pueblo-, como vigilante y censor de mi actuación. Yo no acepté y ahí terminó mi carrera con las Upes. También terminó la carrera de la U.P. de Villalba que, como mucho y en alguna etapa, sólo ha llegado a ser una mala escuela municipal. Así se pasaba de un procedimiento democrático y razonable de elección de los cargos entre el equipo al examen por parte de «los de Madrid».

Este curriculum personal viene a cuento de dar mi opinión, ya distante, sobre las condiciones primeras sobre las que se levantó el hermoso proyecto que en la actualidad lleva a cabo en Madrid su segundo congreso.

Desde el principio hubo dinero, gracias al cual se celebraban frecuentes cursos, cursillos y encuentros en los que se divagaba sobre aspectos teóricos que nunca tenían en cuenta la práctica y la realidad social, pero llenos de realce y fatuo prestigio. Precisamente la distancia de las Upes, propiciadas por el PSOE en la persona de Puente, con respecto a la realidad social del momento entronicada con una tradición de actividades en ese terreno, era tan grande que no se tuvo nunca en cuenta a los grupos y personas con esa experiencia, dado que venían o pertenecían generalmente a grupos de la izquierda. Y costaba mucho adaptar la idea teórica fabricada con visión germánica a las contradicciones y gentes de cada lugar, siempre peculiares y distintas.

Porque Puente, que venía de Francfort con sus libros en alemán, era y es un oficialista que no está abierto -aunque en un principio lo aparente demagógicamente- a ninguna corriente que trate de impulsar el tema al margen de la dominante de su partido. O en todo caso, lo hace por una fórmula para justificarse. Había que imponer, aunque fuese subrepticiamente, un modelo fijo que, en todo caso, aceptaba modificaciones formales.

El tema de fondo me parece que se reduce a las consecuencias creativas, críticas, lúdicas, incluso libertarias, que las Upes pueden generar en las poblaciones que se implanten, como estructura cultural permanente y magnífica a desarrollar en nuestro país. Y eso tiene que estar controlado por modelos férreos de programación, por una burocracia creada al efecto de la constitución de equipos, directivos, al formulismo y el protocolo en sus manifestaciones, desligado de las gentes inquietas de cada lugar. Y eso no puede aceptarlo un partido de orden, un partido de estado, un partido en el gobierno que tan sólo aspira a seguir gobernando.

Aparte está la cuestión de la ligazón, a veces dependencia, respecto a las instituciones locales. Donde se evidencia la miseria cultural, ideológica de la mayoría de las mismas y que generalmente corta cualquier tipo de ensayo en libertad, cualquier intento de hacer algo fuera de los cauces partidistas que ellos marcan.

Víctor Claudín